

≡≡≡ A la Nación
y para la Historia



EXPOSICION DOCUMENTADA DEL MINISTRO DE
GUERRA Y MARINA DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR
SOBRE LOS SUCESOS DE LA NOCHE DEL 5-6
DE MARZO DE 1912.

QUITO—ECUADOR—1912
IMPRESA Y ENCUADER-
NACION NACIONALES : :

Anotado por el Jefe de Canjes

A la Nación y para la Historia

Debo á mi país, á mi partido y á la Historia una declaración categórica sobre la actuación que me ha correspondido en los hechos que tuvieron su desenlace en la noche del 5 al 6 de Marzo último.

Mi actuación empieza el 11 de Agosto de 1911. En esa ocasión memorable se me habló para que encabezara el movimiento popular y militar contra los Alfaro. El Sr. Estrada me envió su palabra de estímulo y su representación. Yo me presté á desempeñar la alta Jefatura que se me pedía, porque consideré que mi vida y mis servicios los debía á la Patria y al partido, y porque creí que con la causa constitucional del Presidente electo Sr. Estrada, estaban el honor y la justicia.

El pueblo de Quito sabe que en la dirección del movimiento del día 11 de Agosto estuve solo en mi acción militar, soportando sobre mi persona el peso exclusivo de las responsabilidades y peligros. La valiosa colaboración de otros amigos me asistió cuando los hechos ya estaban consumados, y se trataba únicamente de reintegrar las masas populares y las tropas al orden normal.

Quiero dejar constancia de que, en esa ocasión, mi republicanismo me indujo á oponerme á la proclamación de una Jefatura Civil y Militar y de que fuí en persona á sacar de su casa al Sr. Dr. Dn. Carlos Freile Zaldumbide, para que asumiese el Gobierno Constitucional que le correspondía.

Quiero también recordar que mi nombramiento de Ministro de Guerra y Marina se debió exclusivamente á la acción popular, pues fue el pueblo victorioso quien pidió y exigió ese nombramiento.

Producida la exaltación del Sr. Emilio Estrada á la Presidencia de la República, este honorable ciudadano me honró con su confianza, pidiéndome que continuara con el Portafolio de Guerra y Marina. Acepté. Y mientras vivió aquel virtuoso é ilustre Presidente, mi lealtad hacia él y su política no sufrió merma alguna. Si hubiese habido desacuerdos fundamentales entre él y yo, mi retiro del Gabinete habría sido un hecho.

Trabajé incansablemente en el espíritu del Sr. Estrada por acercarlo al Sr. General Plaza, ciudadano éste á quien me ligaban antiguos y nobles vínculos de amistad personal y solidaridad política; y tuve la buena suerte de triunfar contra otras personas, que se empeñaban en producir un alejamiento odioso entre esos mismos caballeros, que yo trataba de unir en común pensamiento de trabajos por el bien de la República. Me parece inútil nombrar á esas personas, porque de sus nombres está al corriente el país entero.

Cuando el Sr. General Plaza le insinuó al Sr. Estrada la conveniencia de llamar al Sr. Dr. Dn. Carlos R. Tobar á la Cartera de Relaciones Exteriores, ponderando las virtudes ciudadanas, el liberalismo y la caballerosidad del Sr. Tobar, yo me asocié á ese generoso empeño de mi amigo, empeño en el cual triunfamos, á pesar de las resistencias del Sr. Estrada, quien no se avenía á creer en el liberalismo del Sr. Tobar, aunque rindiera pleito homenaje á sus condiciones superiores de ciudadano y caballero. El Sr. General Plaza, en su afán de

convencer al Sr. Estrada, llegó hasta decirle “que primero desconfiase del liberalismo del General Plaza, antes que del del Dr. Tobar”.

En el desempeño de mis deberes ministeriales, durante la administración del Sr. Estrada, yo no tuve otra contrariedad que la de ser desoído en mis gestiones para que se relevara al General Montero, en el Comando de la Tercera Zona Militar. El Sr. Estrada confiaba ciegamente en la lealtad de este funcionario.

Cuando el Sr. Estrada partió para Guayaquil, declinando el ejercicio del Gobierno en el Sr. Dr. Carlos Freile Zaldumbide, después de los pocos días que lo ejerció el Sr. Dr. Andrade Marín, y cuando falleció el Sr. Estrada, yo me apresuré á manifestarle al Sr. Encargado del Poder Ejecutivo que estaba llano á retirarme á mi hogar, dejándole en libertad de elegir otro Secretario de Estado en el Ramo de Guerra. El Sr. Encargado tuvo á bien reiterarme su confianza, pidiéndome que lo acompañara hasta el fin de su transitoria gestión.

La vacancia de la Presidencia de la República, por muerte del Sr. Estrada, planteó el problema de la elección del nuevo Presidente. ¿Cuál fue el pensamiento de los hombres del Gobierno en esta ocasión? Sin temor de equivocarme, puedo asegurar que, ostensiblemente, á nadie se le ocurrió atajar ó combatir la postulación del Sr. General Plaza, cuyo nombre brotó espontáneamente de todos los labios liberales. Y aunque al hacer esta declaración pudiera originar ciertas molestias, véome en el caso de advertir que los más entusiastas partidarios de esta candidatura del Sr. General Plaza, en el seno del Gabinete, lo fuimos el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Dn. Carlos R. Tobar y yo. El Ministro del Interior, Dr. Díaz, guardaba enigmático silencio, ése que le ha sido y le es peculiar, sin que por eso dejara de insinuar, cuando llegaba el caso, que comulgaba en el sentir general de la opinión liberal. Los Ministros de Instrucción Pública y de Hacienda, Sres. Rendón Pérez é Intriago, absorvidos por sus cuestiones de

Oriente y Económica, respectivamente, parecían no darse tiempo de ocuparse en el asunto político. El Sr. Encargado del Poder Ejecutivo, aparecía como un liberal á quien ni siquiera se le ocurría contrariar el sentimiento de la abrumadora mayoría del partido liberal.

En estas circunstancias, estalló el alzamiento del General Montero. Produjose la situación terrible que todos conocemos y el país se conmovió hasta en sus cimientos. Era necesario reprimir el atentado, castigarlo, salvar la República. ¿A quién acudir? ¿En quién se cifraron todas las esperanzas? ¿A quién confiarle la suprema misión de restaurar el Imperio Constitucional? No hubo más que una voz, un sentimiento, una designación: ese ciudadano era el General Plaza Gutiérrez, cuyas ejecutorias, prestigios populares, virtudes cívicas y capacidades de mando, constituían prenda segura de éxito, fuerza y acción. Y el General Plaza fue honrado con el nombramiento de General en Jefe del Ejército; y por virtud de este nombramiento, los cuarteles se llenaron, enmudecieron las voces de rebelión y se estrellaron contra la impotencia los manejos solapados de aquellos agentes que el General Montero enviara al interior, con el fin de socavar la disciplina de los Cuerpos del Ejército de línea.

El Sr. General Plaza había menester de un Jefe del Estado Mayor General. El, en el primer instante, no tuvo inconveniente en salir á campaña con el General don Fidel García, que en esos momentos desempeñaba esas funciones; pero, no faltaron quienes indicasen la conveniencia de confiarle ese cometido al Sr. General don Julio Andrade; y el Sr. General Plaza, sin vacilar un momento, tomó como empeño propio el de inducir al General Andrade á aceptar ese cargo.

El General Andrade acababa de llegar de Venezuela y Colombia, donde desempeñaba brillantemente el cargo de Representante del Ecuador. Retornó al país durante la Administración del Sr. Estrada. Supe en esos días que se le había ofre-

cido varios importantes cargos diplomáticos en el extranjero y que todos los había rehusado. Supe también, porque él mismo me lo dijo, que no estaba dispuesto á salir del país, porque deseaba intervenir directamente en la política activa, cosa que le había declarado perentoriamente al propio Sr. Estrada.

Yo ignoro los pensamientos políticos que tuvo en esa época el General Andrade; y lo único de que quiero dejar constancia es de su retraimiento, más bien dicho, de su alejamiento total de los círculos de gobierno. ¿La causa? No la conozco; y me limito á establecer el hecho, declarando que ese alejamiento llegó á asumir caracteres tales que motivaron la preocupación de la policía que obedecía al Ministro del Interior Sr. Díaz.

Fue en estas circunstancias que el Sr. General Plaza se propuso obtener del Sr. General Andrade que aceptase la Jefatura del Estado Mayor General del Ejército de Operaciones. La gestión fué laboriosa; pero, dió, al fin, el resultado que se perseguía, pues el General en Jefe del Ejército logró vencer las resistencias que oponía el General Andrade y éste recibió del Gobierno el nombramiento en cuestión, nombramiento que produjo alborozo en el ejército y en el país.

Del aspecto militar de la campaña y del desarrollo que ella tuvo, nada tengo por decir. En mi carácter de Ministro de Guerra, me limité á laborar sin descanso, sin tregua, sin omitir esfuerzo alguno, para movilizar rápidamente la mayor cantidad posible de tropas hacia el teatro de operaciones, con todos los elementos de guerra que teníamos á la mano. El país dirá si cumplí ó nó con mi deber y si hubo en mí siquiera la sombra de un mísero egoísmo ó emulación. Mi más grande anhelo consistió en irme á la campaña, á luchar como bueno por el triunfo de nuestra causa; pero, el deber me retenía aquí; y bastó que un buen amigo me insinuase la posibilidad de que mi carácter de Ministro de Guerra en campaña podría dar lugar á conflictos de autoridad en el General en Jefe, para que mi es-

píritu se resignase al cumplimiento del deber superior que me privaba de la inmensa satisfacción de compartir los honores de esa campaña restauradora, cuando en toda mi vida de soldado no hice otra cosa que buscar la línea de combate.

El triunfo de Yaguachi despejó el horizonte de la República.

En los Consejos de Gobierno se habló ya de política, después de no haber habido otra preocupación que la de la guerra. Se adivinaba la inmediata ocupación de Guayaquil y eran del caso la charla, el comentario y aún la preocupación sobre las soluciones políticas en perspectiva. Alguien insinuó la posibilidad de llevar á la Presidencia á un connotado civil, para darle al mundo una prueba del republicanismo de nuestros hombres y de la solidez de nuestras instituciones democráticas. ¡Que fuera Presidente un Civil, después del triunfo ruidoso de un gran General!, se decía. . . . El pensamiento era magnánimo; y declaro que hizo impresión en mi espíritu. No la exterioricé, por la simplísima razón de que en el acto me di cuenta de que aquel ideal había menester, para su realización, de muchas circunstancias complementarias, que aún no había cómo suponerlas alcanzables. El pensamiento aquel no se definió en forma de un nombre que lo simbolizara. Se hablaba de la cosa, sin precisarla.

En esos días ocurrió la necesidad de mi viaje á Guayaquil, llevando allí la representación del Gobierno, para la resolución de las múltiples cuestiones surgidas á raíz de la ocupación de esa ciudad por las fuerzas Constitucionales. Antes de partir, tuve una conversación privada con el Sr. Encargado Dr. Carlos Freile Z., de carácter político. Díjele que á mí me parecía que, para sustentar una candidatura civil á la Presidencia de la República era necesario, previamente, contar con que ella sería apoyada por el Sr. General Plaza, á quien los liberales del país tenían ya por candidato único; que ese candidato civil, á mi juicio, me parecía que podía ser el Dr. Dn. Carlos Tobar, íntimo amigo del Sr. General Plaza y ciudadano eminente, de

cuyo liberalismo doctrinario respondía el General en Jefe del Ejército; que si éste consentía en apoyarlo, induciendo á la gran masa liberal á prestarle ese apoyo, la cosa no ofrecería dificultad en el seno del Partido Liberal; y que, si le parecía conveniente, yo podía encargarme de hablar del asunto con el Sr. General Plaza, en la forma más discreta, aprovechando mi viaje á Guayaquil. El Sr. Freile me escuchó en silencio, con visible displicencia, y desplegó sus labios para sólo decirme que el Sr. Tobar era *un Conservador*. Nada me dijo sobre la conveniencia ó inconveniencia de mi proposición; y yo me quedé en el convencimiento de que había dado un paso en falso.

Fuí, pues, á Guayaquil; hablé allí con el Sr. General Plaza respecto á muchas cuestiones de interés público; no tocamos en momento alguno la cuestión política; recogí la impresión de que la opinión liberal en la Costa era enteramente favorable al Sr. General Plaza; y me vine á esta Capital, ya con la primera duda respecto á la oportunidad de la candidatura civil.

Llegado aquí, me encontré con que públicamente se hablaba de la candidatura del Encargado Sr. Freile Zaldumbide, no siendo un misterio que el Ministro del Interior Sr. Díaz y el Intendente de Policía, Narváez, estaban empeñados en los trabajos preliminares de esa candidatura. A mí me produjo un efecto desastroso; y no vacilé un minuto en formarme la resolución de abandonar el Ministerio, en el momento mismo en que se me hablase de esa cuestión.

De ella hablé con el Sr. Ministro Tobar y fuí bastante explícito en manifestarle que la candidatura del Sr. Freile sería peor, mucho peor, que las imposiciones de Dn. Eloy Alfaro y que yo la resistiría abiertamente. El Sr. Dr. Tobar coincidió en mi manera de apreciar las cosas y me dejó entender que se trataba de una extratagema, insinuándome que lo que se quería era oponer esa candidatura á la del Sr. General Plaza, para que, como transacción, resultase una tercera.

Se ha dicho y se dice que yo fuí el iniciador de la candidatura del Sr. Dr. Tobar y que á este caballero lo induje á lanzar su candidatura, ofreciéndole mi apoyo, como Ministro de Guerra.

Por mi fé de soldado y caballero, declaro que ni una ni otra especies son ciertas.

Mi conversación con el Dr. Freile fué absolutamente íntima. Yo insinué el nombre del Dr. Tobar en *forma condicional*, siempre que para esa postulación se contase con la aquiescencia del Señor General Plaza, á quien yo debía hablarle. No aceptada esa condición, lo que yo dije al Señor Freile no pudo tener valor alguno, como que á nadie más, absolutamente á nadie, volví á hablarle de ese asunto.

El Sr. Dr. Tobar me habló de su candidatura y me pidió mi apoyo. Le manifesté la gran consideración personal que le profesaba, lo mucho que lo estimaba y la fé que tenía en sus condiciones de hombre de gobierno; pero, nada le ofrecí. Le dije que lo pensaría y que si llegaba el caso de que algo le ofreciera, él podía contar con que sería fiel á mi palabra. Nada más ni nada menos.

En efecto, yo no podía resolver esa cuestión considerable, mientras no se definiera la voluntad de mi partido. Además, desde que estuve aquí, de regreso de Guayaquil, me dió mala espina que fuesen los Sres. Díaz y Narváez las columnas de la candidatura que se trataba de forjar. Y cuando me convencí de que los Clubs liberales de toda la República continuaban sosteniendo con mayor ardor que nunca la candidatura del Sr. General Plaza; cuando pude enterarme inequívocamente de que la inmensa mayoría del Ejército liberal triunfante era afecta á esa misma candidatura; cuando supe el trabajo que hacían ciertos conservadores en pró de la candidatura del Sr. Dr. Tobar, de acuerdo con el Ministro Díaz; cuando salió á luz la proclamación anónima del Sr. Dr. Tobar; cuando se descorrió el velo de toda esa fatigosa comedia, mis convicciones liberales, mi pasado político, mi honor y la inmensa responsabilidad contraída ante

mi partido y la historia, me dijeron claramente cuál era mi deber y dónde estaba mi puesto.

No vacilé en dejar oír mi palabra. Y en una conferencia habida en el despacho presidencial, presentes los Sres. Freile, Díaz y Tobar, manifesté sin rodeos la imposibilidad en que estaba para apoyar la candidatura del Sr. Dr. Tobar, que era eminentemente conservadora, aunque el candidato fuera liberal y me mereciera las más grandes y personales consideraciones. Dije que, mal que le pesara al Sr. Dr. Tobar, él se vería obligado á compartir con los conservadores el ejercicio del poder público, puesto que conservadores iban á ser sus electores, ya que la mayoría liberal no lo acompañaba. Agregué que conforme corriesen los años de la posible administración del Sr. Dr. Tobar, los conservadores se irían adueñando del Gobierno, de suerte que en el Congreso que se eligiese durante ese período, resultaría una mayoría conservadora, que anularía nuestras conquistas liberales. Terminé declarando que ante tales peligros, para mi país y mi partido, yo no prestaría jamás mi nombre para auspiciar la candidatura del Sr. Dr. Tobar, por mucho que fuera mi aprecio personal para él. Si esta candidatura, dije, hubiese nacido en ambiente liberal, apoyada por liberales, sin conexiones con los conservadores, yo la sostendría con mis mejores entusiasmos. Tal cual se ha presentado, debo rehusarla.

El Sr. Tobar tomó su sombrero, se despidió con una reverencia y abandonó la Sa'a. Al Sr. Encargado le manifesté que si este criterio mío en la cuestión política le significaba un obstáculo á sus miras, podía disponer de mi puesto. El me contestó que de modo alguno, pues deseaba que continuara acompañándolo en las labores de gobierno. Agradecí esa nueva prueba de confianza y manifesté que en adelante ya no estaría en situación de renunciar, pues mi partido me necesitaba en el Ministerio.

Y así quedó nítidamente definida mi actitud en la lucha presidencial. Nunca le ofrecí mi apoyo

al Sr. Dr. Tobar, y nadie tiene derecho para enrostrarme una deslealtad que no ha existido.

Yo juzgué que mi franqueza de caballero me escudaba contra malos manejos, porque tuve el cuidado de advertir que en mi puesto de Ministro de Guerra y Marina me limitaría á garantizar el libre ejercicio del sufragio, dejando que cada cual optase por el candidato que fuese de sus afecciones.

Ya, en una circular del mes de Diciembre, le había fijado al Ejército sus deberes disciplinarios en la lucha cívica. Después del triunfo constitucional, reiteré esas disposiciones. Y á todos y á cada uno de los Jefes y Oficiales que me consultaron sobre el particular, les dí análogas instrucciones.

Sin embargo, en el seno del Gabinete, mejor dicho, en la Cámara Presidencial, principió á formarse una atmósfera hostil á mi persona. Conforme iba acentuándose la influencia incontenible del Sr. Dr. Díaz, en favor de la candidatura del Sr. Tobar, crecía la animadversión en mi contra. Un incidente nimio dió lugar á que el Sr. Encargado, Dr. Freile manifestara su hostilidad. Le dí cuenta en cierto día de que había necesidad de nombrar Primer Jefe del "Marañón" y que había pensado en el Coronel Dn. Luis Jaramillo, distinguido jefe que acababa de hacer la campaña y que era amigo común de los señores Generales Plaza y Andrade. Nada me objetó. Lo nombré. Y 48 horas después me ordenó el Sr. Freile que lo reemplazara por un Comandante Alvarez, hechura del Sr. Freile, que no había hecho la campaña y que nada tiene de militar. El Sr. Encargado, en términos duros, me reprochó que no le hubiera comunicado la propuesta y el nombramiento del Sr. Coronel Jaramillo. Fué inútil que yo le representara el error en que estaba, pues la propuesta se la había hecho delante del Subsecretario de Guerra. El Sr. Freile nada quiso oír y se dió el gusto de emplear un tono acre, que me revelaba claramente cuanto era su deseo de que yo renunciase. Pero, ya no estaba yo en situación de renunciar.

Me había propuesto soportar cualquiera molestia, con tal de barajar la conjuración que se formaba en el Gobierno para imponerle al país la candidatura del Sr. Dr. Tobar. Y soporté aquella, como debía soportar muchas otras, pues fué una determinación mía irrevocable no abandonar la Cartera de Guerra hasta que se me destituyese.

Cuando el Sr. General Andrade desempeñaba la Jefatura del Estado Mayor General, me insinuó un día la necesidad de retirar del comando de sus Cuerpos á los Comandantes Oliva y Salas y hacer otros cambios en las Unidades del Ejército. Le contesté amigablemente que no estaba dispuesto á quitar ningún comando, mientras no me concretaran cargos contra los Jefes que se deseara remover.

Posteriormente, volviómeme á exigir las mismas medidas, y volví á manifestar mi manera de pensar.

No hubo día, en los últimos 15 de la administración del Sr. Freile, en que no se me sometiese á disgustos de toda laya, empujándome abiertamente á la renuncia de mi puesto, que se la consideraba como llave de la conjuración electoral que se fraguaba y que los conservadores la anhelaban á porfía. Yo comprendía el secreto de la comedia y rehusaba darles gusto.

Mientras tanto, la farsa política continuaba sin interrupción. El Sr. Freile le decía á cuanto liberal se le acercaba que *él era placista*. El Ministro Sr. Díaz aseguraba lo mismo, por centésima vez. Y á la par de decir ésto, mediante cambios inteligentísimos, la provincia del Chimborazo recibió todas sus autoridades adversas á la candidatura liberal, llegándose al caso de nombrársele un Intendente conservador, para lo cual se destituyó al meritísimo Comandante Barriga.

Es necesario que haga una declaración. El Sr. Encargado del Poder Ejecutivo y sus señores Ministros Díaz y Tobar, hablaban de la necesidad de hacer cambios en el Ejército. ¿Por qué? ¿Para qué? Nadie me concretó un solo cargo contra los Jefes que debían removerse. Ningún cuerpo del

Ejército cometió ningún abuso. Y el propio caso del Batallón "Juan Montalvo" quedó dilucidado en el sentido de que aquellos gritos de "Viva la Constitución", "Viva Plaza", "Viva Andrade", únicos que se dieron al desfilar el cuerpo frente á la casa del Sr. Freile, no constituían delito ni insubordinación. A la solicitud de los conservadores que pidieron la disolución de ese cuerpo y el castigo de sus Jefes y Oficiales, el Sr. Freile resolvió que se proveyese negativamente. En consecuencia, lo que se quería era reemplazar á los Jefes de la guarnición de Quito, para que en vez de ser placistas, lo fuesen tobaristas ó andradistas. De este modo, el hecho de simpatizar con la candidatura del Sr. General Plaza, pasaba á ser un motivo de desgracia ante el Gobierno. Yo no podía prestarme á ser ejecutor de estas decapitaciones, con tanta menos razón cuanto que para nada había tomado en cuenta, en el resto del personal del Ejército, que los oficiales fuesen placistas, tobaristas ó andradistas. A nadie había molestado por sus opiniones, y tenía resuelto usar de igual medida con todo el personal de oficiales. Que cada cual pensase y sufragase por quien quisiese: Ese era mi modo de pensar.

Así las cosas, llegó el día 5 de Marzo, en un ambiente para mí muy desagradable, porque en los inmediatos días anteriores, el Sr. Freile extremó sus acritudes, fundándolas en incidentes absolutamente nimios, que él los creaba á su antojo, para darse el placer de molestarme, como ocurrió en el caso de la marcha á Huigra de la Columna Policial de Machala, que regresaba de Cuenca á su tierra, y que el Sr. Encargado quiso confundirla acaso con una movilización revolucionaria!

De igual índole fue el incidente á que dió origen el traslado de unas ametralladoras del Parque General al Regimiento "Bolívar". El Comandante de ese cuerpo hizo presente al Ministerio que al salir el Regimiento á la última campaña había dejado en depósito, en el Parque General, su batería de ametralladoras. Pedía simplemente que se ordenase su entrega, para que el cuerpo quedase con

las cuatro baterías reglamentarias. No tuve inconveniente en dar esta orden, que me pareció absolutamente sin importancia. El traslado de las ametralladoras se hizo en pleno día, como la cosa más natural del mundo. Pues bien, esta insignificancia del servicio, que, cuando más, pudo haber motivado una pregunta, dió margen á que el Encargado del Poder creyese que yo lo estaba *traicionando*, como tuvo la osadía de decirlo ante una comisión de respetables caballeros, en la mañana del día 4.

Habían una causa perturbadora y un efecto inevitable: La causa, era la candidatura del Sr. Tobar, que se la quería hacer netamente oficial y á cuyo servicio se deseaba poner todas las influencias oficiales; y el efecto, consistía en la odiosidad á mi persona, que era el Jefe directo del Ejército y que no me avenía á poner la fuerza armada al servicio de esa candidatura.

Repito, en esta situación de ánimo llegó el día 5 de Marzo último. La mañana de ese día la ocupé en inspeccionar un terreno en la Magdalena, que pudiera servir para construir allí un cuartel de artillería. Acababa de almorzar tranquilamente en mi casa, cuando fui noticiado de que en la noche anterior había habido una reunión en casa del Sr. Freile, con los Sres. Ministros Díaz y Tobar y el Sr. General Andrade, reunión en la que se había acordado exigirme é imponerme la remoción del Sr. Coronel Sierra, Jefe de la Primera Zona y de los Comandantes Oliva y Salas, de los Regimientos 1 y 3 de Artillería. Se me dijo, además, que el Encargado ya había ofrecido el puesto de Comandante del segundo de los cuerpos nombrados al Coronel Vaca. No creí en la cosa, porque estaba ya cansado de oír las mismas especies, y me fuí al Ministerio á la una de la tarde, más ó menos. A poco de llegar, y cuando preparaba el Memorandum que diariamente llevaba al Despacho presidencial, fuí llamado por el Sr. Freile. Acudí en el acto, haciéndome acompañar del Sub-Jefe del Estado Mayor General y del Subsecretario de mi Despa-

cho, con el propósito de informar al Sr. Freile del resultado de nuestra inspección al terreno de la Magdalena y del movimiento administrativo del Ministerio. En el Despacho Presidencial estaban los Sres. Ministros Díaz y Tobar, el Sr. General Andrade, Dn. Joaquín Gómez de la Torre y algunos empleados subalternos. En el momento mismo de entrar á esa Sala, me di cuenta de lo que se me esperaba, pues había en los semblantes de esos caballeros el gesto cabalístico de las resoluciones implacables. En efecto, apenas se retiraron los dos funcionarios que me habían acompañado, el Sr. Freile, con energía inusitada y en términos que parecían no admitir réplica; me dijo que en el acto debía proceder á la remoción del Coronel Sierra y de los Comandantes Oliva y Salas. Le contesté tranquilamente que para destituir á esos Jefes, necesitaba yo conocer los cargos que había en contra de ellos, pues mi opinión sobre su conducta funcionaria los escudaba contra todo mal concepto, ya que eran Oficiales dignos, ejemplares en el cumplimiento de sus deberes y que merecían toda mi confianza. El Sr. Freile me replicó que no daba explicaciones y que se limitaba á ordenar. A mi turno, díjele que yo no estaba dispuesto á firmar esas destituciones. “En tal caso, contestóme el Encargado, ya sabe Ud. el camino.—¿Que renuncie? ¿no es éso?, replíquele en el acto; pues bien, señor doctor, yo no renuncio y le queda á Ud. expedito el camino: destitúyame!”

En el curso de esta desagradable escena ó inmediatamente después de ocurrida, entraron al Despacho presidencial el Sr. General Plaza y el Sr. Ministro de Hacienda, Dn. Federico Intriago, caballeros que llegaron en hora oportunísima, porque yo me encontraba allí en situación bien poco envidiable, como víctima ante verdugos, por decir lo menos, ya que el escenario para dominarme había sido admirablemente preparado.

No quiero relatar los pormenores de esa célebre aunque triste reunión. El Sr. Freile, respecto de mí, colmó la medida de sus insólitas acritudes;

y llegó un momento en que al Sr. General Plaza y á mí nos quedó el único recurso de tomar nuestros sombreros y abandonar la sala en que actuaba el Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

Tras de nosotros, salió el Sr. Intriago, no sin manifestarle al Sr. Freile que, después de la escena habida, él no podía quedarse un minuto más en el Ministerio.

Diez minutos después, y encontrándome en la sala de mi Despacho, se me presentó un Edecán del Sr. Freile, á preguntarme si iba ó nó á enviar mi renuncia. Le contesté textualmente: " Dígale Ud. al Encargado que ya conoce mi resolución: no renuncio, que me destituya".

Estuvo redactado el decreto de destitución; y de exigir y apurar su tramitación se encargaron el Ministro Díaz y entiendo que todos los demás miembros de ese consejo áulico, excepto el propio Dr. Freile y el Sr. General Andrade, quien, parece, se propuso obtener un arreglo del momento, que amenguase la magnitud del escándalo. Con este fin, el Sr. General Andrade envió á pedirme una conferencia inmediata. Contestéle que estaba listo á recibirle. Acudió el Sr. General y en nuestra conversación de veinte minutos, á lo más, se esforzó en obtener que yo continuara en el Ministerio, y que él sería mi colega en la Cartera de Instrucción ó mi subalterno en la Jefatura de Zona. Pidióme que fuera bastante noble para olvidar la escena inolvidable que acababa de ocurrir. Invoqué mi liberalismo y mi pasado honroso, para que, en nombre de ellos, no me retirara del Ministerio. Mi respuesta fué invariable: yo no renunciaría, porque quería brindarles á los Sres. Freile y Díaz el honor de que me destituyesen y consumasen así la traición al liberalismo en que venían empeñados. Estábamos en esta conversación, cuando el Sr. General Andrade fué llamado al Despacho Presidencial.

¿De qué se trató en esa conferencia reservada? Yo lo ignoro; y me atengo á las deducciones que quieran hacer aquellos que analicen los hechos que se sucedieron inmediatamente.

No eran las 3 de la tarde, cuando me llegó el primer denuncia de que en la Policía se estaba recibiendo y armando numerosos paisanos conocidamente conservadores. Y calculaba el posible alcance de esta resolución de los señores Díaz y Narváez, cuando fuí llamado nuevamente al Despacho Presidencial. Pensé en rehusar la invitación, pero luego reflexioné en que era preferible agotar mi paciencia y evitar que se me achacase obsecación. Acudí al llamamiento y allí me encontré con los mismos señores que constituían el Gobierno de la República, inclusive el Sr. Joaquín Gómez de la Torre, miembro conspícuo del Directorio Tobarista.

Los señores allí presentes me asediaron con razonamientos dirigidos á obtener que yo continuara en el Ministerio, sin otro sacrificio que el de ceder en el asunto de las remociones de Jefes. El Sr. Freile me dijo que el Sr. General Andrade tenía de mí un alto concepto; que él, el Presidente, anhelaba, como el que más, mi continuación en el Ministerio, pero que esto se hacía imposible si yo lo dejaba burlado en sus órdenes; que era indispensable sacar de las artillerías á los Comandantes Oliva y Salas y al Coronel Sierra de la Zona; que ofrecía ascenderlos, mandando á Salas á la Jefatura de Zona y á Oliva á un puesto importante; y como yo le observara que no se podía inferir la más leve ofensa al Sr. Coronel Sierra, dignísimo Jefe que acababa de desempeñarse brillantemente en la última campaña, me dijo que se lo nombraría Jefe del Estado Mayor General. El asunto era quitar á esos Jefes de sus puestos actuales, particularmente á los dos Comandantes de Cuerpo. Yo me resistí. Y entonces hube de escuchar nuevos argumentos, la Patria, el orden público, mi reconocido patriotismo, etc. Dn. Joaquín Gómez de la Torre llegó hasta invocar la memoria sagrada de mi padre. Tanto se me dijo, tanto se me pidió, que concluí por acceder; en la inteligencia de que no se me exigirían nuevos cambios en el Ejército, obedientes á razones de pura política.

Quedó allí concertado que el Sr. General Andrade entraría al Gabinete como Ministro de Instrucción; y acto continuo se hizo llamar al Ministro Sr. Intriago, á quien yo le rogué que retirase su renuncia, pues ponía este requisito como condición precisa de mi continuación en el Ministerio. El Sr. Intriago accedió á mi pedido; y consultado este caballero sobre la incorporación del Sr. General Andrade al Gabinete, contestó que la veía con sumo agrado.

Así terminó esa reunión, que parecía excelente augurio de mejores tiempos por venir. El Sr. Freile nos invitó á su casa á beber una copa de champagne; y allí, entre expansiones jubilosas, se acordó que esa misma tarde el Gobierno en masa haría una visita á los cuarteles.

Salimos, pues, de visita á los diversos cuarteles de la guarnición, y en todos ellos había orden admirable. El Sr. General Andrade se juzgó en el caso de dirigir la palabra á las tropas; y, aparte de la reprensión violenta que le dirigiera al segundo jefe del "Marañón", en términos que importaban la declaración inusitada de que hasta ese instante no había habido en el Gobierno *un solo hombre de gobierno que mereciera el calificativo de tal*, lo demás no requiere nota de recordación especial, á no ser la actitud del primer jefe de ese cuerpo, quien, prescindiendo del Encargado del Mando y del Ministro de Guerra, ahí presentes, se permitió dar cuenta y pedir órdenes únicamente al Sr. General Andrade, actitud que hube de observarla enérgicamente; y el dicho socarrón del Ministro Sr. Díaz, que, en un momento de expansión, díjole al Sr. Freile: "es éste un gran día, señor doctor".

Terminada la visita á los cuarteles, me retiré fatigado á mi casa, deseoso de reposar y formar mi programa de acción para los días siguientes, sospechoso, bien sospechoso, de que la condescendencia á que acababa de resignarme, por amor á la paz y con la esperanza de evitar una gran traición, debía ser no más que la primera etapa de la jornada de imposiciones que me reservaba el Gobierno, sostenedor de la candidatura oficial del Sr. Tobar.

No llegaba aún á mi casa, y ya fuí advertido de que uno de los asistentes á las dos reuniones habidas en el Despacho Presidencial declaraba, á quien quería oírle, que mi permanencia en el Ministerio era sólo cuestión de horas, pues se había transigido para el único efecto de jugarme una partida segura, cuando estuvieran tomadas todas las medidas del caso para evitar que el Ejército protestase por mi destitución; y que ya estaba acordado que al siguiente día fuera nombrado otro Ministro de Guerra. Si el caso llega, no tendré inconveniente en dar el nombre de ese vocero oficial.

A la vez, y por numerosos conductos, se me reiteró el denuncia de que á esa hora, ó p. m., más ó menos, pasaban de doscientos los individuos de filiación conservadora que acudían á armarse á la Policía. Envié á mis Ayudantes á informarse del grado de verdad que tuvieran estos denuncios; y todos ellos, unánimemente, me los confirmaron con lujo de detalles. Eran muchos propios empleados de policía quienes angustiosamente denunciaban el hecho, agregando que se los quería entregar indefensos á los conservadores.

El hecho era público y notorio; y los clubs liberales manifestaban ruidosamente en las calles su más enérgica protesta.

Sin embargo, no desesperé. Me pareció que aún era tiempo de atajar el mal, y me dirigí á casa del Sr. Freile, acompañado del Sr. Subsecretario de Guerra y del Jefe de Día, Comandante Landázuri, quien, al llevarme el *Santo y Seña*, pudo ser testigo de que, en ese mismo momento, me llegaba una autorizada información de cómo se estaba armando á los conservadores en la Policía.

Llegado que hube á casa del Encargado y en presencia de los Comandantes Pesantes y Landázuri, díjele al Sr. Freile que era absolutamente indispensable prohibirle al Intendente de Policía que continuase armando conservadores, pues, en el tren en que iban los acontecimientos, nadie sabía á dónde podíamos llegar con esa imprudente temeridad.

El Sr. Freile le ordenó al Comandante Landá-zuri que se fuese en el acto á la Intendencia á decirle al Sr. Narváez “*que se abstenga de seguir armando á más paisanos*”. ¡*A más paisanos!* ¿Comprende el país lo que esto significaba?.....

Salí de casa del Sr. Freile y me fuí á la mía, advirtiendo ya en el camino que en las patrullas de Policía había una mezcla de soldados y paisanos, que observaban una actitud manifiestamente contraria á los liberales. Y llegué á mi hogar profundamente preocupado de esa frase del Sr. Freile “que se abstenga de seguir armando á más paisanos”. ¡Luego, se había dado armas á los conservadores; luego, era un hecho innegable ese principio de traición al Partido y á las Instituciones!.....

A las siete y media p. m., llegó á mi casa el Coronel Dn. Alejandro Sierra, Jefe de la Primera Zona Militar. Llegaba desconsolado y abatido. Sabía y le constaba lo que se estaba haciendo en la Policía y había resuelto renunciar su puesto, antes que aparecer como cómplice de la gran traición que se fraguaba por el propio gobierno liberal, contra el partido liberal. Esto significaba, pues, que no había remedio al mal; que el Ministro Sr. Díaz y el Intendente Narváez, podían más que el Sr. Freile; y que ya era inútil pretender una reacción salvadora.

Esta actitud del honrado y digno Jefe me impresionó profundamente y me decidió de una vez á separarme del Gobierno. Fuí á buscar al Sr. Ministro Intriago, con quien siempre y en todo momento marché en patriótico acuerdo; lo impuse de la situación; deliberamos acerca de lo que nos cumplía hacer, y, reconociendo nuestra impotencia para evitar lo que el resto del Gobierno se proponía consumir, convinimos en presentar nuestras renunciaciones, en ese mismo momento.

Minutos después, acompañado del Coronel Sierra y de uno ó dos de mis Ayudantes, fuíme á casa del Sr. Freile. Le pinté enérgicamente la situación que el Gobierno había creado; le expuse la gran traición que se estaba fraguando, con la pe-

camposa complicidad del propio Gobierno; y le entregué mi renuncia de la Cartera de Guerra y Marina, previniéndole que, hasta que la aceptara, estaría á su disposición en el Regimiento N^o 3 de Artillería, donde iba á constituírme, para estar atento á cualquiera grave emergencia que sobreviniese. El Coronel Sierra pidió también su reievo; y el Sr. Dr. Freile quedó de resolver cuanto antes. He sabido después que en esos mismos ó posteriores momentos llegó á la casa del Encargado la renuncia irrevocable del Sr. Intriago.

Con el Coronel Sierra nos fuimos al Cuartel del N^o 3. En el trayecto oímos las numerosas detonaciones que alarmaban la ciudad y que habían obligado al Comandante de ese cuerpo á sacar dos piezas de artillería á la calle, para defender su cuartel. Ordené que las recogiesen al local interior, sin perjuicio de aumentar las precauciones de vigilancia y seguridad. Ahí supe, por vez primera, que ya estaban estableciéndose fuerzas armadas, de policiales y paisanos conservadores, en el pretil de San Francisco, en franca actitud de dominar la plaza de ese nombre.

A las 9 y $\frac{1}{2}$ de la noche ó un poco más, se me envió de la Policía una noticia de suma gravedad, pues se me hacía saber que ahí estaba reunido todo el Gobierno y que se trataba de un ataque combinado á los cuarteles del N^o 1 y N^o 3 de Artillería y á las casas del Sr. General Plaza y la mía. En el acto, y en compañía del Coronel Sierra, me dirigí á la casa del Sr. General Plaza, en cuyas inmediaciones ya pude observar la presencia de numerosas personas extrañas, patrullas de policía completamente heterogéneas, pues se advertían policiales y paisanos mezclados en ellas.

Hablamos largamente con el General en Jefe del Ejército, sobre la situación gravísima en que nos encontrábamos. El Sr. General Plaza me dijo textualmente: "Si se consuma la traición del Gobierno al partido liberal, estoy resuelto á irme á la costa, para obedecer allí lo que resuelva el liberalismo de mi patria. Tengo mi tren listo para el efecto".

Comentábamos y suponíamos cuál podía ser, en definitiva, el plan de los señores del Gobierno, cuando llegó á nosotros el Jefe de Día, Comandante Landázuri, con la plena confirmación del plan gubernativo. (Véase el parte oficial). ¡Se le acababa de ordenar que alistase su cuerpo para atacar al Regimiento N^o 1 de Artillería, con el Batallón "Quito", el cual contaría con la cooperación del Batallón "Marañón"! ¡Es decir que era ya una penosa verdad ese plan de ataque á los Regimientos N^o 1 y 3, con las fuerzas policiales, los conservadores armados y los Batallones "Quito" y "Marañón"! ¿Y quién daba esas órdenes? El Sr. General Andrade, Ministro de Instrucción, en nombre del Encargado del Poder Ejecutivo!

Confieso paladinamente que no vacilé un minuto en adoptar las resoluciones que reclamaba la situación. Es verdad que yo era un Ministro dimisionario; pero, en ese instante, recordé que me debía al país y á mi partido y no trepidé en aceptar el reto á muerte que lanzaba un Gobierno que se decía liberal, á las instituciones y al partido liberal. En esta virtud, le ordené al Comandante Landázuri que no diese cumplimiento á la orden que acababa de recibir y que se limitase á obedecer lo que ordenase el Comandante de su Cuerpo. Hice llamar rápidamente á los Comandantes de los Cuerpos de la guarnición, menos al Comandante del Batallón "Marañón", que sabía era mero ejecutante de la voluntad del Sr. Freile, por lo cual cité al segundo Jefe de ese cuerpo; acudieron ellos á mi llamamiento, entre 10 y $\frac{1}{2}$ y 11 de la noche; los impuse de la situación; y pedí que se me dijese si estaban dispuestos los Batallones "Marañón" y "Quito" á atacar á los cuerpos de Artillería; y como se me contestase negativamente, resolví que en el acto mismo de que la Policía y los conservadores armados rompiesen los fuegos, obrasen sobre ese cuartel y las plazas de San Francisco y la Merced los Batallones "Marañón" y "Quito", respectivamente; mientras los Regimientos de artillería se limitarían á defenderse contra el ataque proyectado, y si éste

no se realizaba, como era de esperarlo, atendidas las declaraciones de los Comandantes de aquellos dos batallones, avanzasen en correcta formación á la plaza de la Independencia, con todas las precauciones deseables, donde recibirían nuevas órdenes.

Tomado que hube estas resoluciones, me despedí del Sr. General Plaza y me retiré al Cuartel del N^o 3, de donde, sin medir las consecuencias, me dirigí por cortos instantes á mi casa. Eran talvez las 11 p. m.

Al atravesar la plaza de San Francisco, observé que regresaban apresuradamente de la Policía el Capitán Luis A. Cevallos y el Subteniente Cueva, del "Marañón". Envié á llamarlos; y el Capitán Cevallos me informó de que el Jefe de su cuerpo lo había enviado á la Policía, por un llamado, dizque, del Encargado del Poder ó para servir de Ayudante al General Andrade; pero que él, sabedor del golpe que se intentaba contra los liberales, regresaba á ponerse al frente de su compañía, escapando de la orden de detención que el Encargado había dado en su contra. Este mismo oficial me comunicó pormenores que evidenciaban hasta la saciedad la conjuración que amenazaba al país. (Véase el Parte oficial).

Tomaban una taza de café, en mi casa, las siguientes personas: Coronel Sierra, Comandante Borja, Mayor Piñeiros, Capitanes Fernando y Luis Cevallos y Subteniente Cueva (todos testigos del hecho que voy á narrar), cuando oímos una descarga cerrada contra la puerta de calle de mi casa. Salimos apresuradamente al patio y luego á la calle, los nombrados y además los Sargentos Lugo y Calvachi, que me acompañaban. Los facciosos conservadores, armados por los señores Díaz y Narváez, tenían casi rodeada mi casa, pues sus guerrillas ocupaban la esquina de la Cruz Verde y la de la plaza de San Francisco. Fue buena nuestra suerte al escapar del fuego que se nos hizo de ambas esquinas y cuyas huellas pueden verse en las paredes de mi casa y en las de las honorables familias Barba y Gangotena.

Sin perder un minuto de tiempo, ordené al Capitán Luis A. Cevallos que corriese al "Marañón" y trasmitiese la orden de que este cuerpo atacara la plaza de San Francisco, por las dos calles que del sur desembocan en ella. De mi parte, con los que me acompañaban, seguí por la carrera de "Bolívar", hasta la esquina de "García Moreno", donde encontré ya una guerrilla del N° 3, que se disponía á atacar á los que hacían fuego desde el pretil de San Francisco. Llegado que hube al cuartel, me encontré con el Sr. General Plaza, quien, al oír los primeros disparos, había volado al referido cuartel. Pregúntesele á él cuánta era la gente armada que rodeaba su casa, la insolencia con que pretendieron detenerlo y cómo es verdad que pudo escapar gracias únicamente á la audacia con que se abrió paso por entre esa turba de comprometidos á quien sabe cuáles extremos.

Del cuartel del N° 3, me ví obligado á correr en dirección de Santa Catalina, porque por allí menudeaba un recio fuego. Al aproximarme con una sección de tropas, huyeron despavoridos los paisanos de la conjuración, visto lo cual torné al cuartel, en el que había dejado al Sr. General Plaza, con el especial encargo de que no se moviese de allí. A mi regreso, no lo encontré. Pregunté por él y me dijeron que había corrido á la Policía, en el instante mismo en que le habían dado la noticia de que hacía ya rato que el General Andrade estaba herido ó muerto y de que corrían serio peligro los demás miembros del Gobierno, allí reunidos y presos, á consecuencia de un inesperado pronunciamiento de la Policía, que se había rebelado contra los planes del Gobierno, tendientes á atacar los cuarteles con la fuerza policial y otros elementos. Me dijeron que la Policía había roto los fuegos á los gritos de "Viva la Constitución", "Viva Plaza". Imité el ejemplo del General en Jefe y me fuí apresuradamente á la Policía, no sin impartir antes las órdenes que juzgaba oportunas para la acción de los diferentes cuerpos del Ejército y la represión absoluta de la conjuración urdida por el gobierno.

Cuando llegué á la Policía ví un espectáculo desconsolador: allí, en medio de un centenar de conservadores que no habían podido escapar, estaba el Encargado del Poder Ejecutivo, Sr. Freile; el Ministro del Interior, Sr. Díaz; el de Relaciones Exteriores y candidato á la Presidencia, Sr. Tobar; el Intendente Narváez, el Comandante accidental del "Marañón", Alvarez, y, á un lado, el cadáver ya frío del Sr. General Andrade. Sobre las mesas de los cuartos que ocupaban los miembros del Gobierno, estaban listos los decretos sobre destituciones, remociones y demás resoluciones que debían seguir al triunfo del golpe militar audazmente preparado. Allí estaba el Gobierno de la Conjuración, con el cuerpo del delito entre las manos. Les dije á esos señores, especialmente al Sr. Díaz, lo que tenía por decirles, en nombre de la honra y de los fueros liberales, y les garanticé el respeto que se debía á sus personas.

A todos ellos se los llevó á la mansión que cuadró á sus gustos, rodeados de absolutas garantías. El Sr. Freile, del brazo del Sr. General Plaza, fue llevado á la casa de este magnánimo patriota; el Sr. Tobar del brazo mío, fue á su propia casa; el Sr. Díaz prefirió un lugar más seguro que su hogar y pidió alojamiento en el N.º 3 de Artillería; Narváez fuese tranquilamente á su casa, acompañado por mí.

Así terminó la conjuración contra el Partido Liberal. El Sr. Freile resignó voluntariamente el Poder Ejecutivo, declarando su resolución de ausentarse definitivamente del país; y, de acuerdo con los preceptos constitucionales, en las primeras horas del día 6, asumió la Jefatura del Gobierno, el Presidente de la Cámara de Diputados Dr. Dn. Francisco Andrade Marín, quien, acto continuo, procedió á nombrar un nuevo Ministro del Interior, en la meritoria persona del Sr. Dr. Dn. José María Ayora, rechazando, á la vez, la renuncia que habíamos presentado los Ministros de Hacienda y de Guerra, el Sr. Intriago y yo.

Quiero dejar constancia del orden absoluto con que procedieron los Cuerpos del Ejército, á ninguno de los cuales puede reprochársele el más insignificante desmán. Si de los grupos conservadores, primero, y de la Policía, después, no hubieran partido los primeros tiros, ningún Cuerpo habría salido de su cuartel. El Ejército se limitó á cumplir con el penoso deber de defenderse y de atajar al Gobierno en el camino delictuoso que se había trazado. Si los batallones "Quito" y "Marañón" hubiesen obedecido las órdenes de ataque que recibieron, ya pueden figurarse la sociedad de Quito y el país entero lo que habría sido de esta ciudad en la noche del 5 al 6 de Marzo. El Ejército evitó esa catástrofe sangrienta.

Se ha dicho que la reunión de los señores del Gobierno en el Cuartel de Policía y el plan de ataque que trazó y ordenó el Sr. Gral. Andrade, obedecían exclusivamente al propósito de defender el imperio de la legalidad. ¿Contra qué? ¿Quién lo amenazaba? Hasta las diez y media de esa noche, hora en que se me comunicó oficialmente la orden de ataque al Regimiento N^o 1 de Artillería, débilmente disimulada, nada se había hecho ni pensado, que autorizara á creer en una acción colectiva del Ejército. Mientras tanto, la orden de armar á los conservadores había empezado á cumplirse á las 3 de la tarde, y desde las ocho p. m. ya no era un secreto para los liberales de Quito que en toda la ciudad estaban repartidos los grupos armados de conservadores, sedientos de que llegase la hora de la revancha acariciada durante tantos años. Insisto en ésto: hasta las 10 y media de la noche, la única intención concreta que yo alimentaba era la de mantenerme á la defensiva, contra la acción conservadora y policial. Mientras tanto, el Gobierno, pretextando un peligro imaginario, obraba atrevidamente desde las 3 p. m.

La verdad es otra. El Intendente Narváez, creyó contar con la Policía; el Comandante Alvarez, ofreció el "Marañón"; el Ministro Díaz, supuso que el Batallón "Quito" le pertenecía; y al Señor

Tobar le llenaron los oídos con esos 8.000 conservadores de acción que le ofrecieron; y entre los señores Tobar, Alvarez, Narváez y Díaz, forjaron esa ilusión deplorable que ofuscó al señor Freile y arrastró al señor General Andrade á trazar planes de ataque, que fallaron en su base, como que el primer factor que no obedeció al piloto fue ese propio Cuerpo de Policía, en cuyo cuartel y bajo cuya protección se reunió la Junta Suprema que debía decidir de los destinos del País.

Llamo la atención á esta circunstancia capitalísima. El Sr. Freile y sus consejeros fincaban la realización de su plan de ataque en el Cuerpo de Policía. Pues bien, el fracaso de este plan lo produjo la protesta de la mayor parte de ese Cuerpo, pues, repentinamente, cuando los Sres. del Gobierno menos lo esperaban, se produjo en el interior del cuartel el pronunciamiento de la fuerza policial contra la actitud de los conjurados. El Intendente Narváez había ofrecido la adhesión incondicional de la Policía, cuando, en verdad, allí contaba solamente con la Compañía del Capitán Salvador, partidario y entiendo que pariente político del Sr. Dr. Tobar. Esa Compañía fué ahogada por las restantes y, de hecho, quedó en lamentable fracaso el propósito revolucionario del Gobierno.

Esta circunstancia, determina otra conclusión. Si, como se ha dicho, yo y los liberales hubiésemos tenido un plan premeditado de acción, sería indudable que debíamos conocer el estado de ánimo del Cuerpo Policial; y, en tal caso, *nos habría bastado dejar que la Policía, por sí sola, desbaratara el golpe militar fraguado por el Gobierno.* ¿Para qué y con cuál objeto habría yo dispuesto la acción de los cuerpos de la plaza?

Este razonamiento evidencia, pues, lo que ya he declarado: mis resoluciones y órdenes emergieron del conocimiento oficial que tuve á las 10 ó 10 y cuarto de esa noche, de las órdenes impartidas para atacar los regimientos 1 y 3 de Artillería.

La muerte del ilustre y desgraciado Sr. General Andrade, exige, de mi parte, un comentario

deferente y especial. No descendo á recoger imputaciones personales de ninguna especie, porque tales imputaciones salen de fuentes pútridas y hasta ellas yo no me acerco. La bala maldita que hirió de muerte á ese ilustre soldado, no pudo partir de ningún cuerpo del Ejército, porque cuerpo alguno había llegado siquiera á inmediaciones del cuartel, cuando el hecho ocurrió. En las calles principal y adyacente al cuartel, no había liberales, toda vez que no hay quien ignore ni pueda razonablemente desmentir el hecho de que la multitud allí aglomerada era neta y exclusivamente conservadora, que esperaba ansiosamente la hora de acometer á los liberales. Dentro de los cuartos en que actuaban los miembros del Gobierno, no había liberales y sí sólo conservadores ó liberales anfibios, que en esos instantes se confundían con los conjurados del Gobierno; y si hubiera habido un liberal y éste hubiese disparado su arma homicida contra aquel ilustre soldado, téngase por incuestionable y por irrefutable que allí mismo habría sido visto, denunciado y ultimado. Por último, la única puerta de la pieza que ocupaban los miembros del Gobierno, que da al zaguán ó corredor de entrada al cuartel y que era la *única* por donde se podía disparar de afuera hacia adentro, estaba herméticamente cerrada, de manera que un asesino exprofeso no pudo tener oportunidad de obrar y si hubiese habido descargas de la tropa policial, en esa dirección, ahí estarían las huellas de los proyectiles en el maderamen de esa puerta, como signo imborrable del hecho. No las hay y vése sólo un orificio de una sola bala incrustada en la pared, bala que no pudo ser la que hirió mortalmente al Sr. General Andrade, dadas la ubicación del orificio en la puerta y el punto de la pared en que ella penetró.

¿Qué deducir, entonces, de tales antecedentes? Que la bala que dió muerte á ese ilustre soldado, intencional ó casualmente, fue disparada de adentro hacia afuera, por los mismos que estaban con el General, armados de pistolas y revólveres, y que

en la confusión espantable de esos momentos, cuando sonaron los primeros disparos en el interior del cuartel de policía, no supieron hacer cosa mejor que disparar sus armas en cualquier sentido.

Por mi condición de Ministro de Guerra, yo no quise intervenir en ningún momento en las gestiones que se hacían cerca del señor Freile para evitar la traición al partido liberal; pero, cúpleme hacer constar en este documento que tanto el señor General Plaza, como los más distinguidos liberales de Quito, no perdonaron ocasión, recursos, ofrecimientos ni gestión, para obtener del señor Freile una conducta gubernativa respetuosa del *statu quo* político. No se le pedía amparo ni protección: se quería de él únicamente que no alterase el escalafón administrativo y militar, en provecho de la candidatura conservadora; que no pudiese al servicio de esa postulación los elementos oficiales que constituían el gobierno liberal; en una palabra, que no combatiese la candidatura del partido en cuyo nombre estaba él gobernando el país.

El señor Freile prometió mucho cada vez que se le habló; pero, jamás cumplió lo ofrecido. El se comprometió con el señor General Plaza á no remover empleados, por razones políticas. Y ya se vé cómo cumplió este compromiso. ¿Había algún cargo contra el Comandante Salas? Ninguno, pero, absolutamente ninguno. Su remoción era necesaria á los Consejeros del señor Freile para entregar el Parque General de la Nación en otras manos, más complacientes con el partido conservador.

En este propósito de remover empleados, el Sr. Freile, asesorado infatigablemente por el Ministro Díaz, llegó hasta pretender la destitución del Sr. General Treviño, de su cargo de Jefe de la Tercera Zona. Fué necesario que el Sr. General Plaza, el Ministro Sr. Intriago y yo, asumiésemos una actitud resuelta contra esa medida incalificable, para que el Sr. Freile consintiese en postergarla; y fué menester que el propio Sr. General Treviño les dijese á los Sres. Freile y Díaz lo que él es y los respetos que su persona merece, para que estos

caballeros dejasen de la mano su hostilidad contra él, sencillamente inexplicable é inconcebible.

El Sr. General Plaza, ante el Presidente Sr. Estrada, salió garante del liberalismo del Sr. Dr. Tobar. Yo también creí en ese liberalismo, que no era conocido del país. Pero, dígaseme, ¿eran liberales los iniciadores y sostenedores de su candidatura presidencial? Si en esta tierra no nos conociésemos, pudiera excusarse la pretensión de que nosotros, viejos liberales, viésemos liberales donde había únicamente conservadores; conservadores de tal laya que en las escarapelas repartidas á los cubstobaristas de esta capital, alternan el retrato del Sr. Tobar con la imagen del Corazón de Jesús! Y entiéndase que yo no vitupero esta manera de hacer propaganda en favor de un candidato, porque soy respetuoso, por naturaleza y por sistema, de las creencias ajenas: mi objeto es otro, al apuntar ese detalle de la candidatura del Sr. Dr. Tobar. Yo quiero establecer irredargüiblemente que el partido conservador en masa estaba pronunciado por esa postulación.

El Sr. Dr. Tobar ha hecho pública declaración de su liberalismo. Yo le creo á él. Yo sé que él es incapaz de una abjuración de sus principios políticos, porque es caballero de conciencia recta. Pero, el liberalismo del Sr. Dr. Tobar no implicaba el de sus partidarios y sostenedores, cuyas siete octavas partes, sino más, eran de pura cepa conservadora. Por eso yo, liberal, no pude acompañarle; y por eso, yo, Ministro liberal, hombre de partido, leal á mi doctrina y mi honor políticos, no pude hacerme cómplice de esa gran jugada gubernista que debía entregar el gobierno del país al partido conservador. Una escaramuza política semejante estaba buena para hombres como los Sres. Díaz y Narváez; pero no cuadraba á un hombre como yo, que ha combatido los dos tercios de su vida por el triunfo de la Causa Liberal.

Se ha dicho que mi actitud en contra de los intereses políticos del Sr. Dr. Tobar, ha obedecido á mi ambición incontenible de continuar en el Po-

der. Decires vulgares, que contradicen la historia de mi vida. Jamás he alimentado ambiciones personales de utilitarismo político. Nunca mis principios cedieron á las tentaciones salidas de las alturas. Y en esta propia ocasión, válgame el orgullo de declarar que nadie me ha ofrecido ni podrá ofrecerme más de lo que á mis alcances puso el Sr. Dr. Tobar, en los momentos en que solicitó mi apoyo y adhesión á su candidatura. De hombre á hombre, la primera vez, y en presencia de los miembros del gabinete y de Dn. Luis F. Carbo, la segunda, el Honorable Ministro de Relaciones Exteriores y candidato á la Presidencia de la República, me dijo que durante su administración, si ella llegaba, yo sería un verdadero Presidente, en el ramo de Guerra y Marina, como lo sería el Sr. Intriago, en el de Hacienda. Con este antecedente, júzguese si en las determinaciones de mi conciencia política han podido entrar para nada los cálculos miserables del interés personal.

Mi conducta durante los sucesos de la noche del cinco al seis de Marzo, se inspiró en el concepto que yo tenía y tengo de mis deberes superiores como hombre de gobierno y como depositario de la confianza de un gran partido político, que viene desempeñando una misión redentora en los destinos de la patria. El Encargado del Poder Ejecutivo y tres Ministros de Estado, habían resuelto un golpe militar, que debía modificar totalmente la fisonomía política del país, mediante la reunión de todas las autoridades liberales y su reemplazo por funcionarios destinados á servir los intereses de la candidatura conservadora á la Presidencia de la República. Yo conocí á tiempo las líneas de ese plan. Yo fuí informado oportunamente de las medidas y órdenes que se daban para su sangrienta ejecución, en las tinieblas de la noche. Y salí al encuentro de los conjurados, valiéndome de la autoridad que legalmente ejercía y del sentimiento y la lealtad del ejército y el pueblo liberales. Si en esa jornada hubiera rendido el sacrificio de mi vida, tal sacrificio habría sido un tributo más ofrendado en

los altares de mi patria y mi doctrina política, á cuyo culto he consagrado mi existencia desde los quince años de edad.

La jornada del cinco al seis de Marzo, se justificaría, además, con la sola circunstancia de la preciosa tranquilidad que le ha devuelto al país. Sin ella, en estos mismos instantes en que trazo estas líneas, la anarquía estaría en pleno sangriento imperio, porque el partido liberal, ese partido heroico que acababa de hacer los más grandes y supremos sacrificios, de muchos de sus hombres, de mucha de su robusta sangre, para castigar una felonía y restaurar la constitucionalidad de las instituciones públicas, ese gran partido, repito, jamás se habría conformado con que se lo arrojase del poder, nada más que por obra de la política bizantina de un Ministro del Interior inescrupuloso y como resultado de una nocturna jugada militar.

El fracaso ridículo del golpe que pretendían dar el Encargado del Poder y tres de sus señores Ministros, trajo por consecuencia, su retiro inevitable del gobierno. Esto ha sido todo; y ello no ha afectado en lo más mínimo la vida constitucional del país. El impedimento accidental del Encargado Sr. Freile, ha motivado la exaltación constitucional á ese mismo puesto del Presidente de la Cámara de Diputados Dr. Dn. Francisco Andrade Marín; y la política del nuevo Jefe de la Nación, ha dejado en sus casas á los Ministros de lo Interior y Relaciones. Sin la dolorosa desaparición del Sr. General Andrade, valdría decir que nunca, á menos precio, obtuvo el país triunfos más necesarios á su paz interna y al decoro de su política.

He terminado.

Ante la tumba que guarda los caros despojos del ilustre General Andrade, me descubro respetuosa y profundamente conmovido, porque fuí amigo y camarada de ese preclaro soldado y porque comprendo la pérdida enorme que con su muerte ha sufrido el país. Mi patria tenía mucho que esperar de la inteligencia, el esfuerzo y las virtudes

cívicas de ese dignísimo ciudadano y General de la República. De su muerte desastrosa talvez no será fácil encontrar al autor directo; pero, de la hecatombe en que él cayó, deben responder ante el país y la historia los que fraguaron una negra maquinación contra el partido y las instituciones liberales; los que, llamándose liberales y ejerciendo el poder público en nombre y por delegación del partido liberal, dieron tono y ambiente oficial á una candidatura conservadora; los liberales tráfugas, mercaderes, oportunistas ó demasiados vivos, que desertaron de la causa liberal, para arriarse al campamento de la candidatura conservadora, cuando la vieron ungida con el óleo oficial. Esos son los responsables de esta dolorosa y nunca bien sentida desgracia nacional.

De mi parte, aseguro que lo que hice en la noche del 5 al 6 de Marzo, lo volvería á hacer, si mi destino me colocase en análoga situación. Yo no podía ni debía cruzarme de brazos ante la perspectiva sangrienta de ese combate nocturno en las calles de la ciudad de Quito y entre las fuerzas de la guarnición. Yo no podía ni debía consentir, pudiendo evitarlo, que, por la insanidad política y la ambición deslayada de un Ministro del Interior, incoloro, y de un Intendente de Policía, anónimo y sin escrúpulos, las instituciones liberales y el partido liberal cayesen en sangrienta bancarrota. Yo no podía ni debía contemplar impasible el triunfo del partido conservador, por obra y gracia de la debilidad ó complacencia ó lo que quiera que fuese, de un Encargado del Poder Ejecutivo, que debía gobernar en nombre del partido liberal y para honra y provecho de su excelsa doctrina. Mi honradez política y mi amor á la patria me dijeron que debía oponerme á la ejecución de esos planes tenebrosos. Así lo hice; y en ello no hubo ambición, venganza, ni propósito alguno de medro personal. Siempre fuí y soy un humilde soldado de mi causa; y lo único que les pido á mis camaradas y amigos, después de esta jornada, es que me sigan teniendo por liberal incorruptible, y por un modesto ciudadano que

se encuentra honrado en cualquier puesto donde se pueda servir á la patria y al partido.

Si en mi actitud hay culpa, que me condenen la opinión pública imparcial, mi partido y la historia. Yo, con mi conciencia serena, tranquila é imperturbable, asumo por entero la responsabilidad de mis actos y entrego al conocimiento y al juicio del mundo entero las justificaciones de mi conducta y la actitud que observaron en esa memorable jornada los diversos Comandantes de la guarnición de Quito, según se desprende de los documentos que pueden leerse á continuación.

Quito, á 15 de Marzo de 1912.

J. F. Navarro.

General de la República y Ministro de
Guerra y Marina

Documentos oficiales

Parte del Jefe de la 1ª Zona Militar

República del Ecuador.—Jefatura de la Primera Zona.—
Quito, á 8 de Marzo de 1912.

Señor General Ministro de Guerra.

Presente.

Con el fin de cuidar el orden y mantener la paz, cuya alteración fue manifiesta con el meeting de las cinco y media de la tarde; los comentarios que respecto de las discusiones habidas en el Gabinete, se hacían; y los datos precisos de que los conservadores, apoyados por el Gobierno, se aprestaban para dar un asalto á los cuarteles, á las siete y media p. m., me trasladé acompañado del Jefe de Estado Mayor de la Zona, á casa de Ud. para ponerle al corriente de la situación y pedirle órdenes. Como Ud. estuviera informado de cuanto pasaba, nos trasladamos á la casa del Sr. Dr. Carlos Freile Zaldumbide, Encargado del Poder Ejecutivo, ante quien, á las 8 de la noche, renunciemos nuestros cargos, increpándole por su conducta, á lo cual, mandó orden al Intendente de que se abstuviera de continuar armando á los paisanos; enseguida nos trasladamos al cuartel del Regimiento Nº 3 é hicimos meter las piezas que, con motivo de unos tiros disparados en la plaza, por varios grupos del pueblo, habían sacado á las esquinas y nos constituimos allí, á fin de estar listos para cualquiera emergencia.

Éran las nueve p. m., aproximadamente, cuando Ud. recibió aviso de la Policía de que los Clubs Tobaristas, armados unos y otros sin armas, se reunían en la Policía, para, en asocio de algunos cuerpos del Ejército, atacar ciertos cuarteles.— (las Artillerías). Ud. decidió que fuésemos donde el Sr. General en Jefe. Nos trasladamos á la casa de éste y conversábamos sobre estas cosas, cuando llegó el Jefe de Día, Comandante Arquímedes Landázuri, 2º Jefe del Quito, Nº 2 de Línea, á darnos cuenta de que había recibido orden del Sr. General Andrade para atacar el Regimiento Nº 1 de Artillería, apenas se rompiesen los fuegos.

Discurrimos dónde iban á romperse los fuegos y sospechamos que esa debía ser una señal.

Ud. ordenó, Señor Ministro, al Comandante Landázuri que no obedeciese esa orden y llamó rápidamente á los Jefes de cuerpos, á quienes Ud. averiguó si estaban dispuestos los Batallones "Marañón" y "Quito" á atacar las artillerías, obteniendo respuesta categóricamente negativa. En vista de esto, Ud. dictó diferentes disposiciones para ahogar la Conjuración que se tramaba en la Policía.

Pasadas las diez de la noche, nos retiramos de la casa del Sr. General en Jefe y nos fuimos al cuartel del Nº 3º de Artillería, y de aquí fuimos á la casa de Ud., donde estábamos tomando una taza de café, cuando nos sorprendió una serie de disparos sobre la casa de Ud. Estaban allí con nosotros el Comandante Borja, el Mayor Piñeiros, los Capitanes Luis y Fernando Cevallos, el Subteniente Cueva y los Sargentos Calvachi y Lugo. Salimos al patio, y después á la calle; y desde ahí hasta más abajo de la plaza de San Francisco, continuamos recibiendo fuego desde la esquina de la Cruz-verde y San Francisco.

Con vista de estos fuegos, Ud. ordenó al Capitán Cevallos, Luis, que corriese á traer el «Marañón» y que ese Cuerpo atacase á esos revoltosos y nosotros fuimos al cuartel del Nº 3 donde encontramos al Sr. General en Jefe, que había acudido á los primeros tiros.

La acción que siguió, Ud. la conoce, pues estuve siempre á su lado, hasta que me ordenó, una vez sofocada la conspiración sorprendida en la Policía, que los cuerpos se retirasen á sus cuarteles.

Es de mi deber, manifestar á Ud. que los cuerpos del Ejército, observaron una conducta intachable, pues salieron y volvieron á sus cuarteles, sin dar ninguna nota de desorden ó indisciplina.

La actuación de cada cuerpo, podrá verla Ud. en los Partes Oficiales, cuya copia legalizada adjunto, así como el parte del Jefe de Día.

Dios y Libertad,

A. Sierra.

Parte del Jefe de Día

República del Ecuador.—Jefatura de día.—Plaza de Quito.
—Marzo 6 de 1912.

Al Sr. Coronel Jefe de la Primera Zona Militar.

Mi Coronel:

Ayer cinco de los corrientes, ejercí las funciones de Jefe Día, circunstancia que me colocó en el caso de intervenir directamente en los sucesos que son ya del dominio público y que produjeron la cesación del Sr. Dr. Carlos Freile Zaldumbide en las funciones de Encargado del Poder Ejecutivo y su reemplazo constitucional por el Presidente de la Cámara de Diputados, Dr. Dn. Francisco Andrade Marín.

Después de medio día, talvez á las cuatro p. m. llegó á mi conocimiento que en el Cuartel de Policía se estaba armando á paisanos, que decían eran conservadores.

En las últimas horas de la tarde la agitación se acentuó y me preocupé de los deberes que me correspondían, en caso de que se alterara el orden público.

A las seis p. m., con el propósito de entregar el Santo y Señal del día al Sr. General Ministro de Guerra y Marina, fuí á su casa. Estando allí el Sr. Ministro recibió una denuncia de que en la Policía se estaba armando á paisanos de filiación conservadora.

El Sr. Ministro, en vista de lo expuesto, se trasladó conmigo á la casa del Sr. Encargado del Poder Ejecutivo, á quien le dió cuenta de lo que se estaba haciendo en la Policía. El Sr. Encargado me ordenó que me traslade donde el Sr. Intendente y le trasmita la orden perentoria de «que se abstenga de armar á más paisanos». Allí estaba también en ese momento el Sr. Subsecretario de Guerra. Fuime á la Policía y en el trayecto pude ver que efectivamente había paisanos armados de fusil, á quienes les intimé que se recogieran á su cuartel; pues, me dijeron pertenecer al Cuerpo de Policía. En este Cuartel no encontré al Intendente y la orden le di al Sr. Subintendente Mayor Alfredo García y al Comandante de Guardia. En esta ocasión fuí dado á advertir que había en las inmediaciones de ese Cuartel numerosos paisanos; por lo cual llamé la atención del Sr. Oficial de servicio, quien me dijo que estaban allí con el pretexto de hablar con los Comisarios.

A las siete y media regresé donde el Sr. Encargado á darle cuenta del cumplimiento de la orden que me había dado y me fuí á mi Cuartel. A las diez p. m fuí llamado por el Sr. Encargado, al Cuartel de Policía, donde estaba con los Sres. Ministros Díaz, Tobar, General Andrade, Intendente Narváez y muchísimos paisanos. Llenaban literalmente tres piezas. Así mismo en las calles adyacentes al Cuartel había también un gran nú-

mero de paisanos, que decían pertenecer á la Policía. Llegado que hube al Cuartel me llamó á un lado el Sr. General Andrade y me dió la siguiente orden: «al romperse los fuegos en las artillerías ó en sus inmediaciones ó al recibir nuevas órdenes de mi parte, por conducto del Ayudante que Ud. dejará aquí, Ud. con el Batallón «Quito», atacará el Regimiento «Bolívar», desplegando cien hombres de la esquina de Santa Bárbara hacia el norte y avanzará á ese Cuartel, el resto del cuerpo empléelo como reserva y disponga que veinticinco hombres salgan mientras tanto á rondar las calles; Ud. será apoyado por las fuerzas del Batallón «Marañón» que obrará por la Carrera Guayaquil».

Yo me quedé perplejo al recibir esta orden; pues el Sr. General Andrade había cesado hacía muchos días en el cargo de Jefe del Estado Mayor General y desempeñaba entonces la Cartera de Instrucción Pública. No hice observación alguna. Salí de la Policía y me fuí directamente donde los Sres. Jefe de Zona y Ministro de Guerra, que se encontraban en la casa del Sr. General en Jefe del Ejército, quienes son y eran mis Superiores gerárquicos, á darles cuenta de la orden que se me había dado.

Conocedor el Sr. Ministro de Guerra de la precitada orden, conferenció con Ud. y el Sr. General en Jefe, y luego se dirigió á mí ordenándome que desestimase la orden recibida del Sr. General Andrade y me atuviese á la que sobre el particular me diese el Sr. Primer Jefe del Batallón "Quito", Comandante Luis Cobos Chacón, á quien se le daría las órdenes del caso.

Efectivamente, el Sr. Comandante Cobos, á quien acto continuo se le hizo llamar, recibió órdenes y él á su turno me dijo: que con el Batallón estuviese listo para repeler á la Policía apenas ésta pronunciase sus fuegos. Cerca de media noche, á las 11 y 40, oí los primeros disparos en dirección de la Chilena y de la Policía. Reuní apresuradamente el Batallón y cuando me disponía á avanzar llegó á mí el Teniente Moisés Arciniega, que estaba de Ayudante del Sr. General Andrade, diciéndome que se había roto el fuego en el cuartel de Policía, que había allí muchísimos paisanos armados, y que á él le habían hecho una descarga desde el pretil de la Merced y al lado de la puerta falsa.

En el acto ordené que 50 hombres, al mando del Mayor Romero, avansasen por la carrera de Cuenca, con dirección al cuartel de Policía, hasta la esquina de la carrera Chile; de allí se dirigiesen hacia el Placer, luego por la carrera Imbabura y bajasen por la de Mideros á la Policía, por el lado Occidental; asimismo ordené al Teniente Dávalos que con 20 hombres avancen por la carrera de Cuenca con dirección á la Policía. Así se hizo. Cuando desfilaba la segunda fuerza por frente á la puerta falsa de la Merced, hicieron una descarga los policías allí apostados, que según cálculos eran más ó menos 30 ó 40, parte que ya me había dado el Sargento que tenía un retén apostado por mí en la esquina.

Yo, con 25 hombres, partí por la carrera "Pichincha" hasta la intersección Chile, seguí por la misma carrera hasta la in-

tersección Cuenca y me dirigí á la Policía. Una vez llegado á este cuartel me dijeron que una buena parte de la Policía se había rebelado, produciendo incontinenti un choque entre los paisanos de la calle, apostados al rededor del cuartel y la tropa que estaba adentro. Nada tenía por hacer. Vi numerosos paisanos que estaban agrupados en el interior del cuartel, en la mayor confusión. La propia Policía guardaba su cuartel. Me retiré entonces ya en conocimiento de que unos decían, estar el Sr. General Andrade herido y otros muerto. Recogí el Batallón, lo llevé á su cuartel y salí con 25 hombres á recorrer la población para guardar la tranquilidad pública, objeto que obtuve fácilmente.

De lo que ocurrió en la plaza de San Francisco y demás lugares de la ciudad yo no tuve conocimiento.

En la mañana de hoy los cuerpos de la plaza formaron para la publicación de un bando sobre la resignación del mando Supremo por el Sr. Dr. Freile Zaldumbide en la persona del Dr. Andrade Marín.

Es todo lo que puedo comunicar á Ud. en cumplimiento de mi deber.

(f.) Comandante Arquimedes Landázuri.

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Solano de la Sala*.

Parte del 1er. Jefe del Regimiento "Bolívar" N^o 1

República del Ecuador.—Primera Jefatura del Regimiento "Bolívar" N^o 1^o—Plaza de Quito, Marzo 6 de 1912.

Al Sr. Coronel Jefe de la Primera Zona.

Señor:

Cumplo con el deber de llevar á conocimiento de Ud. la actuación del Regimiento de mi mando en la noche de ayer, 5 del presente.

Desde por la mañana de ese día, noté en la ciudad algo nuevo, como que se preparaba un gran cataclismo en la sociedad. De todas las bocas salían estas frases: "Los conservadores se arman en la Policía; van á dar un golpe en los cuarteles; todos los revólveres y pistolas que habían en el Comercio han comprado, inclusive las que han existido en las Contadurías". Esto y más se decía en las calles

A las diez y media de la noche de ese mismo día, fuí llamado por el Sr. Ministro de Guerra, quien me habló, más ó menos, en los siguientes términos: "Estoy en conocimiento de que se

ha dado órdenes á los batallones “Quito” y “Marañón” y á la fuerza de Policía, considerablemente aumentada con paisanos armados, para que ataquen el Regimiento de Ud. y el del Comandante Salas. Creo que estas órdenes no tendrán cumplimiento por parte de esos batallones, ya que he hablado con sus Jefes, y ellos me han manifestado que no se harán reos de ese delito; pero, por si yo me engañase, tome Ud. las providencias del caso para repeler cualquier ataque que lleven á su cuartel. Al partido conservador lo favorece casi la totalidad del Gobierno, y en el cuartel de Policía se está resolviendo la suerte del País”.

Recibida esta orden terminante de mi Jefe superior, fuí al cuartel y dispuse lo conveniente para repeler ese ataque que se me había anunciado. A pocos momentos vinieron policías y me confirmaron la noticia de que, en el cuartel de ellos, se hallaba el Gabinete reunido y que habían centenares de paisanos armados dentro y fuera del local de Policía de filiación conservadora: que públicamente corría la voz entre esa gente, que debían atacar á los dos Regimientos de Artillería.

Así permanecí hasta más de media noche, hora en que vino un Ayudante del Sr. Ministro de Guerra, y me impartió la orden de que salga el Regimiento á la Plaza de la Independencia. Acto continuo ordené al segundo Jefe que saliese en correcta formación hacia el lugar indicado, con todo el Regimiento; quedándome yo en el cuartel con solo la guardia de prevención. Después de pocos minutos regresó el Cuerpo de mi mando á su respectivo local, con la misma disciplina con que había salido de él.

El Regimiento “Bolívar” disparó un solo tiro sin bala en la plaza de la Merced, por orden expresa del Sr. Ministro de Guerra, al Capitán Benalcázar; ningún Jefe, Oficial ni tropa ha salido fuera de su cuartel hasta hoy.

Después de los acontecimientos del 5, he tenido conocimiento de que en esa noche fuí llamado varias veces á la Policía por el Sr. Encargado y el Sr. General Andrade, con el objeto de dejarme allí preso. Los policiales enviados con la orden no la cumplieron y así me evitaron esa emergencia, porque de recibir la orden de llamada, la habría cumplido en el momento.

Dios y Libertad,

(f.) M. Oliva.

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Sotano de la Sala.*

Parte del 1er. Jefe del Regimiento de Artillería N^o 3

República del Ecuador.—Regimiento de Artillería N^o 3.—
Plaza de Quito.—6 de Marzo de 1912.

Señor Coronel, Jefe de la 1^a Zona:

Presente.

A fin de que su Autoridad tenga conocimiento de los sucesos ocurridos en la noche de ayer, 5 de los corrientes, elevo á Ud. el parte siguiente:

A las tres de la tarde de ese día se tuvo conocimiento como se susurraba en la población, de que muchos paisanos y los afiliados al partido conservador, estaban ingresando á la Policía, á fin de armarse y dar un ataque á los cuarteles de esta plaza; noticia que fue comprobada por el Teniente Nicanor Jaramillo de este Regimiento, quien, por orden del suscrito fue á la Policía en traje civil, á cerciorarse qué había de verdad, á lo que manifestó que habíales encontrado conferenciando al Sr. Encargado del Mando con los Sres. Ministros Andrade, Díaz, Tobar y el Intendente Narváez. Entonces hice reunir á los Sres. Jefes y Oficiales de esta Unidad para manifestarles el grave peligro de que estábamos amenazados y á la vez para inculcarles el deber de todo militar en defensa de la Constitución y del Gobierno constituido, siendo éste el lema del militar.

Por la noche, entre las siete, poco más ó menos, notándose la actitud que con incremento tomaban los facciosos conservadores, en compañía de los policías y los tiros que se sucedían unos tras otros, el Sr. Ministro de Guerra se constituyó, junto con otros Jefes en este Regimiento, á fin de ordenar que el cuerpo tomara ciertas precauciones para repeler caso fuera atacado. A las ocho de la noche se oyeron varios disparos en distintas direcciones, por lo que, notando el peligro en que nos encontrábamos, ordené sacar dos piezas de artillería con sus sirvientes y fueron emplazadas en las dos esquinas contiguas al Cuartel. Una vez que hubo un momento de calma, las piezas regresaron á su destino, dando el suscrito orden de que se nombrara patrullas para mayor seguridad del Regimiento; fue nombrado, en efecto, de primer cuarto el Teniente Alberto Chávez con quince números, para que pudiera rondar todo el exterior de la manzana del edificio del Regimiento, á lo que dió parte el mencionado Oficial que en la esquina de San Francisco habían como unos setenta policías armados y en el atrio de la Iglesia la Compañía treinta; y además, teniendo conocimiento que el Batallón "Marañón" debía atacar al Regimiento de mi mando y por denuncia que se me hizo de la propia Policía y por aviso que se sirvió darme el Sr. Ministro de Guerra, inmediatamente ordené al Sr. Comandante de Guardia redoble la suya y ponga mayor vigilancia; particular que también puse en conocimiento del Sr. Ministro de Guerra, en vista de todas estas circunstancias, á lo que ordenó:

en el momento que se oyeran nuevos disparos se sacaran las piezas para colocarlas en su respectivos destinos con el objeto de tomar la defensa. Por consiguiente, con la referida disposición del Sr. Ministro de Guerra, ordené que todos los señores Oficiales de mi dependencia estuviesen en el Cuartel sobre las armas.

Efectivamente, á las once y tres cuartos se oyó el primer disparo de fusil por la Policía, por lo que ordené sacar dos piezas á las esquinas de la plaza, contiguas al Palacio Nacional y dos á las esquinas de la Carrera «Pichincha» junto al Cuartel y las patrullas que estaban repartidas para la seguridad del Regimiento se pusieron á la expectativa. Una vez que los Policías se encontraban en la esquina de la Merced hicieron algunos disparos, como también otros que, en compañía de algunos paisanos, que se hallaban repartidos en los portales de la plaza, inmediatamente repartí una guerrilla por el pretil de la Catedral y tomé á un grupo de Policías que se encontraban en la grada redonda y los hice incorporar al Regimiento, donde encontré en ese instante al Sr. General Dn. Leonidas Plaza, en la puerta de la prevención, acompañado de un núcleo de liberales que venía á rechazar á los conservadores. Después con siete individuos de tropa, me dirigí por la Iglesia de la Compañía á dar en la Policía, á lo que encontré en la puerta de la prevención al Capitán Darío Solórzano y cuando penetré en ella me ví con el Mayor Alfredo García, quien me dijo que era necesaria en ese momento la presencia del Sr. General Navarro ó del General Plaza, para que ellos pudieran disponer de los que se encontraban presos; entonces inmediatamente, regresé al Regimiento "Calderón" N^o 3^o y le hice presente al Sr. Comandante en Jefe Dn. Leonidas Plaza G., lo que el Sr. Mayor García me había manifestado y regresé á la Policía en compañía del referido General y del Sr. Ministro de Guerra; á lo que se presentaron ante un grupo desconsolador, como era, del Sr. Encargado del mando y sus Ministros que le acompañaban. El Sr. General Plaza les ofreció toda clase de garantías á todo ese grupo que se encontraba allí, llevando consigo al Sr. Encargado del mando, al Sr. Pedro Salvador y si mal no recuerdo á unos Sres. Estupiñán, conservadores, al domicilio de su casa; el Sr. General Navarro le tomó del brazo al Sr. Carlos Tobar á quien fue á dejarle en su propia casa con todas las seguridades del caso, y el suscrito le dió de la misma manera el brazo al Sr. Dr. Octavio Díaz y le pregunté que adonde quería ir, ofreciéndole llevar sin que peligrara su vida, á lo que él me contestó que lo conduzca á donde podía tener mayor seguridad; fue llevado entonces á la pieza que ocupa el suscrito en el Regimiento y tratado con las mejores consideraciones debidas, salvándole así de la odiosidad que existía contra él; porque todos le hacían presente en esas circunstancias que era el único que había influido en la persona del Sr. Encargado del Mando para dividir el partido liberal.

En cuanto á todos mis subordinados, cuando ordené que reconcentraran á su propio cuartel, fue cumplida dicha orden, formándose el Regimiento en la plaza y entrando al cuartel en el mayor orden posible.

Las piezas de artillería regresaron á su destino sin haber hecho uso de ninguna de ellas.

El Teniente Coronel Primer Jefe.

(f.) J. R. Salas.

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Solano de la Sala*.

Parte del 2º Jefe del Batallón "Marañón" Nº 4 de Línea

República del Ecuador.—Batallón «Marañón» Nº 4º de Línea —Marzo 6 de 1912.

Sr. Coronel Jefe de la Primera Zona.

Presente.

Pongo en conocimiento de Ud. la actuación del Batallón «Marañón», en la noche del martes 5 del presente mes.

En la tarde del citado día me impuse de la gran excitación que había en la ciudad y de los graves rumores que circulaban sobre un golpe de cuartel que podían dar los conservadores armados en la Policía.

En ese mismo momento, sin saber á punto fijo de lo que se trataba, llamé á los Sres. Oficiales y ordené no se movieran del cuartel.

A las diez p. m. del mismo día, el Sr. Comandante Alvarez, tomó el caballo del Cuerpo y disfrazándose con un sombrero de paja y poncho, se fue en él diciendo en la prevención iba á informarse de lo que en el centro de la población acontecía y al mismo tiempo tomar órdenes del Gobierno. Al regresar al cuartel ordenó el relevo del Comandante de Guardia, Sr. Capitán Cevallos y lo envió á la Policía, diciéndole que lo necesitaba el Sr. Encargado del Poder y en seguida ordenó se levantara la tropa y se le duplicara la dotación de municiones, orden que la impartió directamente al Sr. Capitán José A. Maldonado, sin comunicar á los demás Sres. Oficiales y poner en mi conocimiento el movimiento que se efectuaba.

A las diez y cuarto p. m. fuí llamado por el Sr. Ministro de Guerra, quien me preguntó si mi Cuerpo estaba dispuesto á atacar al Nº 3 de Artillería. Le contesté negativamente. El me dijo entonces que éste era el plan acordado en la Policía. Que ya estaban ocupadas las plazas de San Francisco y la Merced y que no se le ocultaban los horrores á que podía dar lugar la conducta de los conjurados. Me ordenó, en consecuencia, que tuviera listo mi Cuerpo para acudir á sofocar las conspiraciones que se estaban fraguando y que me mandaría órdenes con los Sres. Coroneles Velasco Polanco y Jaramillo.

A las once y media p. m., los Sres. Coronel Velasco Polanco y Luis A. Jaramillo, me comunicaron que por orden del Sr. Ministro de Guerra sacara el Batallón y marchase con él, á la Plaza de San Francisco, donde me dijeron estaban los conservadores armados para atacar el Cuartel N^o 3 de Artillería. Obedeciendo esta orden, avancé en compañía de los Sres. Coroneles á la citada plaza, en la cual al llegar á la esquina opuesta al Cuartel de Policía, recibimos muchas descargas dirigidas desde el pretil de San Francisco, las que ocasionaron la herida del Cabo 1^o Luis A. Mosquera, por lo que ordené fuego á mi tropa, dando por resultado á los primeros disparos, abandonara su posición el grupo que nos atacaba. Si no hubo más heridos, ello debióse á que se produjo obscuridad en la plaza por haberse apagado los focos de luz. Al ver terminado el peligro, reuní la tropa y en perfecto orden desfilé con mi Unidad, á la plaza de la Independencia, donde recibí orden directa del Sr. Ministro de Guerra para retirarme al Cuartel.

Lo que comunico á Ud. para los fines legales.

El Sargento Mayor 2^o Jefe.

(f.) Mayor A. Albán.

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Solano de la Sala*.

Parte del Comandante del Grupo de Caballería "Cazadores de Yaguachi" N^o 1

República del Ecuador.—"Grupo de Caballería Cazadores de Yaguachi" N^o 1^o—Quito, á Marzo 6 de 1912.

Al Sr. Coronel, Jefe de la Primera Zona.

Presente.

Cumplo con el deber de dar cuenta á Ud. de lo que hizo la Unidad de mi mando en la noche de ayer.

Como todo Quito, después de medio día, observé que había gran agitación en la ciudad, por los dichos que circulaban sobre que se armaban los conservadores en la Policía, y que habrían novedades sangrientas, arrastres, etc.

De mi cuartel me comunicaron que habia órdenes superiores para tener suma vigilancia y mucho cuidado en el cumplimiento de las órdenes que se recibiesen.

Por esta causa me fuí á instalarme á mi cuartel, y á las 6 p. m. me dirigí á mi casa, cuando me encontré en la Alameda con el Sr. Miguel Páez, Gerente del Banco] "Pichincha", quien me dijo saludándome: ¿"Sabe, mi Capitán, que hay bochinches

en el centro?”—¿“qué bochinchas?” díjele; y él me agregó: “son los esbirros del Alfarismo que rodean al General Plaza, y hacen escándalos y bulla; pero ya están fregados, porque el General Andrade ha sido nombrado Ministro de Instrucción, y dentro de tres días saldrán Navarro y los Jefes de Cuerpo, y el General Andrade será nombrado Ministro de la Guerra”. Yo no le contesté una sola palabra, y me despedí, continuando mi camino.

Llegando al centro observé la gran agitación que había y que todos me aseguraban que en la noche daban un golpe los conservadores.

A las diez y media ó más de la noche, recibí la orden de mi General Ministro de la Guerra, que tuviese listo mi Cuerpo, porque acababa de saber que había un plan de ataque á los Regimientos 1º y 3º de Artillería y que apenas oyera que se rompía el fuego en la ciudad, acudiera con mi gente á la Basílica, y desde ahí bajara combatiendo los grupos conservadores que encontrase á mi paso, y llegara á la plaza principal, donde recibiría nuevas órdenes.

Cerca de media noche oí el tiroteo en la ciudad. Salí con mis soldados: remonté la altura de la Basílica; bajé por la carrera de García Moreno en formación normal, y la gente que se encontraba á nuestro paso se disolvía huyendo. De esta manera llegué, sin disparar un tiro, á la plaza de la «Independencia» donde se me ordenó que regresara á mi cuartel y formase patrullas á caballo para guardar el orden y recoger soldados dispersos, comisión que cumplí durante toda la noche.

Esto es cuanto puedo informar á Ud. en obsequio de la verdad.

El Comandante del Grupo,

(f.) Capitán N. Santos.

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Solano de la Sala*.

Parte del Jefe de cuartel del Batallón “Marañón” Nº 4 de línea

República del Ecuador.—Jefatura del cuartel el día 5.—Batallón “Marañón Nº 4º de Línea.—Plaza de Quito.—Marzo 7 de 1911.

Habiéndome encontrado de servicio el día 5 del presente mes, pongo á Ud. al corriente de lo acontecido en este Cuartel en aquella fecha.

Innecesario será narrar pormenores que antecedieron á los sucesos, y sólo me concretaré á lo más interesante.

Después del medio día me ordenó el Sr. Comandante Alvarez tuviera mucha vigilancia, que á las patrullas de Policía las dejara desfilar, y en caso de novedad pusiera la tropa á disposición del Capitán Maldonado; esta orden me hizo sospechar de lo que se trataba; aún más, tuve conocimiento, por aviso del Sr. Mayor Ricardo Piñeiros, que en la Policía se estaba armando á individuos de filiación conservadora; entonces nos pusimos de acuerdo entre varios Oficiales para repeler la traición que con tanta felonía se estaba tramando y comunicamos á la tropa que se hallaban en peligro nuestro honor militar, nuestros principios y la Constitución. A las 5 p. m. me comunicaron por teléfono, venía el Sr. Ministro de Guerra y tuviera listo el Batallón, lo cual se hizo, en tanto la tropa, creyó llegado el momento crítico, pues en las esquinas y calles adyacentes al Cuartel se hallaban apostadas gruesas escoltas de Policía, entonces principió á dar gritos de protesta, haciendo constar su resolución de primero morir antes que ser cómplices de una traición.

Llegó el Sr. Ministro en compañía de todo el Gabinete; y la presencia del Sr. General nos tranquilizó un tanto é influyó para que la tropa serenara su ánimo.

Media hora después llegó el Sr. Leopoldo Narváez, Intendente de Policía, y habló con el Sr. Comandante Alvarez, quien me ordenó no sacar rondas, puesto que el servicio de vigilancia exterior del Cuartel lo iba á hacer la Policía; mas, como comprendí el alcance de esta orden, contestéle que la seguridad de lo propio no se la confía á los extraños; entonces me replicó que era orden superior y lo mismo se iba á hacer con los demás Cuerpos.

A las 10 p. m., contrariando la orden antedicha, se ordenó saliera el primer cuarto de ronda, al mando del Subteniente César Cueva, á quien se le dió la consigna de no permitir avanzar paisanos, menos á las escoltas de Policía.

A las diez y media p. m. llegó el Sr. Comandante Alvarez, quien habló en secreto con el Capitán Maldonado, el que montó á caballo, y preguntado á dónde iba, contestó que á la Magdalena, resultando falso, pues, fue á recibir órdenes del Sr. General Andrade y al regreso hizo levantar con mucho silencio á la tropa de la 3^a y 4^a Compañía, á la que municionó con 120 tiros. En vista de esto, yo y el Capitán Paredes hicimos levantar á la de la 1^a y 2^a, advirtiéndoles el peligro y que no obedecieran otras órdenes que las nuestras; más, informado el Sr. Comandante Alvarez de nuestra actitud, procuró salir de nosotros, para lo cual me envió á la Policía, con el pretexto de que me llamaba el Dr. Freile Z., y al Capitán Paredes le impuso no salir del interior del Cuartel.

En compañía del Subteniente Cueva marché á la Policía, en cuyas calles encontré muchos grupos de celadores y particulares armados, en especial en el pretil de San Francisco, en donde colocados en orden disperso hacían funcionar el mecanismo de los fusiles, como quien se prepara para la lucha; entré á la Policía, y cual no sería mi sorpresa al encontrar que la prevención, corredores y piezas se hallaban invadidas por gente con-

servadora, la que armada formaba grupos, á los que impartían órdenes sin duda sus Jefes; penetré á la pieza en donde se encontraban el Sr. Dr. Freile Z., General Andrade, Dr. Díaz, Dr. Tobar y otros muchos conocidos, me dirigí ante el Dr. Freile, quien ordenó al Sr. Intendente me detuviera, lo cual no se llevó á cabo porque salí en carrera, pues comprendí que la hora se acercaba y por un momento vi todo perdido y la traición consumada.

Al atravesar la plaza de San Francisco divisé al Sr. General Navarro y Coronel Sierra, á quienes les informé del estado de las cosas y lo que había visto, entonces me ordenaron venir con tropa á desalojar á los del pretil, orden que fue cumplida después de haber reforzado con la tropa que se hallaba de guardia en el Hospital, á la que se hallaba en el Cuartel. Bajo las órdenes de los Sres. Coroneles Jaramillo y Velasco Polanco, nos dirigimos al lugar ordenado por el Sr. Ministro de Guerra.

Después de un corto tiroteo, ocupamos el lugar donde se hallaban los del complot, quienes no alcanzaron á hacer mayor resistencia, porque la desmoralización era completa en el Cuartel de Policía. Se tocó alto el fuego y reunión; y en completo orden nos dirigimos á la plaza de la Independencia.

Esta es la narración de la actitud tomada por nuestro Batallón en aquella noche.

El Capitán Jefe de cuartel.

(f.) **L. A. Cevallos.**

Es copia.—El Jefe de Estado Mayor, *R. A. Solano de la Sala.*

Carta del Subintendente de la Policía de O. y S. de Pichincha, al General en Jefe del Ejército, escrita á las diez de la noche del día cinco de Marzo.

Señor General Plaza:

Es clamoroso nuestro estado en las actuales circunstancias, pues continúan entrando al interior del Cuartel de Policía individuos vestidos de paisanos, quienes, por indicaciones de varias personas, sé son conservadores. En este momento, las 10 de la noche, hay más de 100 de estos individuos, apostados en los corredores y salones de la Intendencia y más de 200 en el pretil de San Francisco y calles adyacentes al Cuartel de Policía. Los Oficiales y tropa protestan, porque dicen que se les quiere entregar de esta manera en manos del partido conservador y me piden repela con la fuerza este procedimiento.—También se me comunica que en este momento circundan la casa de Ud. individuos compañeros de los que ya se encuentran en esta Policía, con el fin de victimarlo cuando salga de esa su casa.

(f.) **Mayor García.**

(Carta publicada en "La Prensa" de Quito, el 6 de Marzo).

NAVARRO J. P.

NACION 1 LA

32
NAV